

Tú sabes mejor que nadie que mi amistad revis- te todos los caracteres de una pasión.

Es súbita, ardiente, viva, exclusiva, participa del amor hasta los celos, y la amistad que yo sentía por Rosa era casi parecida á la que te he tenido.

Como no he amado todavía á ningún hombre, el exceso de mi ternura se ha desarrollado en mis amistades con las mujeres.

Soy naturalmente expansiva y mis acciones son verdaderamente acariciadoras.

Algunas veces, olvidando la impresión que po- drían causar semejantes demostraciones, paseándo- me por el jardín con Rosa, le pasaba el brazo por la cintura como hacía contigo cuando nos paseába- mos por las solitarias alamedas del jardín de mi tío, ó bien apoyada en el respaldo de la silla en que estabas sentada bordando, jugueteaba con los cabellos que se destacaban en su redonda nuca, ó bien hacía con ella alguna de esas tonterías que tú sabes que me eran habituales con mis amigas.

Ella no atribuía estas caricias á una simple amis- tad, porque ésta, según se la concibe generalmente, no llega hasta allí, pero al ver que yo no iba más lejos, se sorprendía interiormente y no sabía qué pensar.

Lo achacaba sin duda á una gran timidez por mi parte, efecto de mi juventud y de la falta de cos- tumbre en los comercios amorosos, juzgando por lo tanto que era menester alentarme á fin de que fue- se algo más atrevido.

En su consecuencia tenía gran cuidado de fa-

cilitarme cuantas ocasiones eran más apropósito para satisfacer sus deseos.

Un día, después de haberme hecho recorrer du- rante un buen espacio un pintoresco parque que se extendía á lo lejos detrás del castillo, y del que yo no conocía sino la parte más próxima al edificio, fué conduciéndome por un sendero caprichosamen- te bordado de árboles hasta una cabaña rústica con su techo de paja y una puerta groseramente traba- jada, estando rodeada toda la casa y enredadas en sus paredes multitud de plantas salvajes.

A un lado y entre unas peñas rodeadas de árbo- les brotaba un manantial que pocos pasos adelan- te caía por dos gradas de mármol en un pilón todo lleno de plantas acuáticas.

En los puntos donde estas no existían se distin- guía una arena fina y blanca como la nieve.

Aquel agua tenía la transparencia del cristal y la frescura del hielo.

A pesar de su crudeza no pude resistir al deseo de beber y cogiendo agua en el hueco de mis ma- nos, estuve bebiendo un rato.

Rosita quiso también apagar su sed con la mis- ma agua y sirviéndome del mismo vaso natural aproximé mis dos manos á sus labios.

Cuando hubo concluido, como que mis manos es- taban tan cerca de su boca, no pudo contenerse y las besó de modo que pudiera creerse que aquel beso no era más que la aspiración de la última go- ta de agua que quedaba en la palma de mi mano.

Sin embargo, yo no me engañaba y el rubor que cubrió su rostro lo denunciaba demasiado.

Cogió mi brazo y nos dirigimos á la cabaña.

Rosita iba tan cerca de mí como era posible y al hablarse se dejaba caer de modo que su pecho iba enteramente sobre mi brazo, posición extremadamente sabia y capaz de turbar á cualquier otro que no fuese yo.

Sentía perfectamente el contorno firme y duro y el dulce calor y además advertía la precipitada ondulación que afectada ó verdadera no era menos halagadora é incitante.

Así llegamos hasta la puerta de la cabaña, cuya puerta abrí de un puntapié y no esperaba por cierto el espectáculo que se ofreció á mis ojos.

Creía que el interior estaría tapizado de juncos, que en el suelo habría una estera y algunas rústicas banquetas para descansar.

Pero no había nada de esto.

Era una lindísima estancia amueblada con tanta elegancia como buen gusto.

Las paredes representaban las escenas más galantes de las Metamorfosis de Ovidio.

Diversos amores mitológicos se destacaban en otros medallones que se veían entre los espejos y las puertas.

Había allí un verdadero lujo de cómodos sillones, de *chaise-longues* y de sofás que estaban demostrando que aquella estancia no estaba destinada á ocupaciones muy austeras.

Dije á Rosita que semejante refinamiento de lujo

me agradaba puesto que para mí era de muy buen gusto ocultar, bajo una apariencia tan sencilla y tan vulgar, una belleza tan grande.

Y esto me gustaba por la misma razón que me gusta también que una mujer lleve camisas guarnecidas de encajes y enaguas bordadas bajo una falda de tela ordinaria, puesto que esto era una atención delicada para el amante que tuviera ó que pudiera tener.

Rosa, para demostrarme que participaba también de mi opinión, se levantó un poco la falda y me dejó ver el borde de una enagua primorosamente bordada.

Es muy posible que ella hubiese querido que pretendiera asegurarme si la belleza de la camisa estaba en relación con la de las enaguas, pero como no tuve curiosidad de saberlo, dejó caer la falda mortificada por no haber podido enseñar más.

Después se dirigió á una pequeña alhacena que había en el muro y extrajo de ella dos ó tres frascos de licores y una bandeja con varias confituras y pasteles, todo lo cual fué depositado en un lindo velador cerca de mí.

Rosita vino á sentarse á mi lado en una dormilo-

na sumamente estrecha, en términos que para poder estar mejor me vi obligada á pasarle el brazo por la cintura.

Como ella tenía libres las dos manos, mientras que yo no tenía libre sino la izquierda, ella misma me servía de beber y ponía los dulces en mi plato.

Y al ver el trabajo conque los comía, me dijo:

—Vamos, estaos quieto. Voy yo misma á daros los dulces en la boca, niño, ya que no sabéis comer solo.

Y ella me llevaba los pedazos á la boca y dejaba sus lindas manos cerca de mis labios para que pudiera besarlas.

Poco era lo que habíamos bebido. Dos dedos de crema de las Bachadas con un vaso de vino de Canarias, pero para dos mujeres, acostumbradas á beber generalmente agua, era demasiado.

Rosa se dejaba ir hacia atrás y se reclinaba sobre mi brazo amorosamente.

Habíase quitado la manteleta y por efecto de la posición en que se encontraba, dejaba al descubierto la mórbida garganta y el nacimiento de aquel pecho admirable, cuya forma, cuya suavidad y cuya dureza parecían ofrecer un mundo de delicias.

Yo la contemplaba con una emoción y un placer indefinible, ocurriéndome que los hombres resultaban más favorecidos que nosotras en sus amores, puesto que nosotras les dábamos á poseer los más encantadores tesoros y ellos en cambio no tenían nada semejante que ofrecernos.

¡Qué placer tan grande debe ser recorrer con los labios esa piel tan fina y tan perfumada y esos contornos tan bien redondeados que parecen estar siempre provocando al beso; esas carnes satinadas, esas líneas ondulantes que se confunden las unas con las otras y esa cabellera sedosa tan agradable de tocar!

¡Cuántos inagotables motivos de delicada voluptuosidad podemos ofrecer á los hombres!

Semejantes observaciones no hubiera podido hacerlas el año pasado y habría podido ver todas las gargantas y todos los pechos del mundo sin preocuparme si eran de esta ó de la otra joven.

Pero desde que he abandonado los vestidos propios de mi sexo y que vivo con los jóvenes se ha desarrollado en mí un sentimiento que me era desconocido, el sentimiento de la belleza.

Generalmente las mujeres están peinadas, no sé por qué, cuando nadie mejor que ellas para juzgarse de la verdadera apreciación de su belleza, y es que como ellas la poseen y el conocimiento de sí mismo es el más difícil de todos, no tiene nada de sorprendente que ellas no entiendan nada sobre ese particular.

Por lo regular si una mujer encuentra á otra hermosa, puede abrigarse la certeza de que esta es fea y ningún hombre ha de fijarse en ella.

En cambio de esto, todas las mujeres cuya belleza elogien los hombres, son feísimas y duramente censuradas por la masa general femenina.

Si yo fuera lo que parezco ser, no tendría otro

guía en mi elección que la desaprobación de las mujeres. Esta sería un certificado de belleza suficiente.

Entre tanto, amo y conozco la belleza, [el traje que visto me separa de mi sexo y me priva de toda clase de rivalidad, por lo mismo puedo juzgar mucho mejor que otra persona.

No soy una mujer, pero todavía no soy un hombre y el deseo no me cegará hasta el extremo de elogiar lo falso y despreciar lo verdadero. Veo friamente y sin prevención el pro y el contra, y mi posición es completamente desinteresada.

Pero volvamos á Rosita que, como he dicho, estaba reclinada sobre mi brazo y su cabeza apoyada en mi hombro.

La emoción que sentía, extendía sobre sus mejillas rosadas, tintes que contribuían á embellecerla doblemente.

Los dos estábamos silenciosos y me entretenía en seguir bajo la transparencia nacarada de sus sienes aquellas pequeñas venas azuladas y la insensible degradación de tono que había en la extremidad de sus cejas.

Rosa parecía haberse reconcentrado en sí misma,

meciéndose en sueños de infinita voluptuosidad.

Sus brazos caían á lo largo de su cuerpo; su cabeza se inclinaba cada vez, más hacia la espalda, como si los músculos que la sostenían hubieran sido cortados ó fuesen demasiado débiles para sostenerla.

Su cuerpo flexible se modelaba sobre el mío como si fuera de cera y tomaba todo el contorno exterior lo más exactamente posible. No hay como una mujer enamorada para semejantes ondulaciones y tan delicados enlaces.

El dulce calor de su cuerpo traspasaba sus vestidos y los míos, magnéticos efluvios de amor parecían envolverla y su vida entera, abandonándola por completo, parecía haber pasado á la mía.

De minuto en minuto, languidecía y parecía que iba á espirar.

Ligeró sudor bañaba su frente, se entornaban sus ojos y dos ó tres veces tuvo intención de alzar sus manos como para ocultarlos, pero á mitad de camino sus brazos abatidos cayeron sobre sus rodillas.

Una gruesa lágrima tembló entre sus párpados, resbaló por su ardiente mejilla donde fué absorbida inmediatamente.

Mi situación era bastante embarazosa, ó mejor dicho, ridícula.

Comprendía que debía tener un aspecto muy estúpido y esto me contrariaba en gran manera.

Los atrevimientos amorosos que eran precisa

mente los únicos convenientes en aquellas circunstancias, me estaban vedados.

Estaba muy seguro de que si me arriesgaba, no había de encontrar resistencia; pero como no podía arriesgarme, no sabía que hacer.

Decir galanterías y pronunciar frases apasionadas era muy bueno para el principio, mas no para el fin como Rosita parecía dispuesta á que llegáramos; levantarme y salir de allí escapado hubiera sido la mayor de las groserías, y además no sé yo si Rosa, queriendo imitar á la mujer de Putifar, me hubiera detenido cogiéndome la punta... de la capa.

No hubiera podido tampoco dar una explicación satisfactoria para mi resistencia, y después aunque sea de vergüenza mía debo confesarlo: semejante escena, por más que fuera de un carácter equívoco para mí, no carecía de cierto encanto que me dominaba más de lo que hubiera querido.

Aquel deseo ardiente había conseguido abrasarme con su fuego y realmente sentía no poderle satisfacer.

Hubiera deseado ser un hombre como realmente lo parecía á fin de responder á tanto amor, y sentía mucho que Rosa se engañara.

Mi respiración se precipitaba, sentía extraños ardores que me subían al rostro y no estaba menos turbada que mi pobre enamorada.

La idea de semejanza de sexo se desvanecía poco á poco para no dejar subsistir sino una vaga idea de placer.

Se velaban mis ojos, temblaban mis labios, y si

Rosa hubiera sido un caballero en vez de ser lo que era positivamente, hubiera quedado satisfecha de mí.

Por fin, no pudiéndose contener más, se levantó bruscamente, dió algunos pasos por la estancia, se detuvo después, pareció reflexionar, y creyendo sin duda que una timidez exagerada me tenía fuera de mí, y en el último grado de su exaltación amorosa, quiso tentar un supremo esfuerzo y jugar un todo por el todo.

Con la rapidez del relámpago se sentó sobre mis rodillas, me abrazó, cruzó sus manos detrás de mi cabeza y su boca se unió á la mía con una presión furiosa.

Sentía su pecho agitado rozar contra mi pecho y sus dedos enlazados se crispaban entre mis cabellos.

Rosita no separaba su boca de la mía, sus labios envolvían mis labios, sus dientes chocaban con los míos, se confundían nuestros alientos.

Yo me retiré un instante, separé dos ó tres veces la cabeza para evitar aquel beso, pero su atracción invencible me hizo aproximarme de nuevo, y le devolví los besos casi con tanto ardor como ella me los estaba dando.

No sé en qué hubiera venido á parar esto, si los ladridos de un perro no nos hubieran hecho comprender que alguien se aproximaba, y este alguien no podría ser otro que Alcibiades, el hermano de Rosa, puesto que aquellos ladridos pertenecían á su perro favorito, el cual nunca se separaba de él.

Rosa se levantó inmediatamente, y de un salto pasó al otro extremo de la estancia al mismo tiempo que un hermoso lebrél blanco violentaba la puerta y se lanzaba dando saltos al rededor de la joven.

Esta procuró arreglar el desorden de su traje cuando entró su hermano con botas y espuelas y el látigo en la mano.

—Gracias á Dios—dijo—que os encuentro; os estoy buscando hace media hora, y á no ser por el buen instinto del perro, difícilmente se os hubiera podido encontrar.

Rosa trató de disculpar la situación diciendo que habíamos entrado á tomar algún refrigerio, pero su hermano no debió quedarse muy conforme puesto que bajo el pretexto de que le acompañase á dar un paseo á caballo, nos hizo abandonar aquel delicioso retiro.

Ya comprenderás que una situación semejante no podía prolongarse puesto que dada la amorosa excitación de la encantadora viuda y aquella interrupción cuando ya ella debía creer que se iba á realizar su deseo, tenía necesariamente que buscar otra ocasión en que con mayor seguridad pudiera dar cima á su anhelada empresa.

Para evitar otra situación más espinosa todavía, no encontré, ni tampoco había otro remedio, que alejarme del castillo y oficialmente anuncié que marcharía el día inmediato.

Precisamente en la mesa dije esto y Rosa palideció intensamente escapándosele de la mano el vaso

en que iba á beber, su tía se mostró quejosa porque yo pretendiera marcharme antes del tiempo convenido, y Alcibiades puso el grito en el cielo diciendo que cerraría las puertas del castillo y que rompería las patas de mi caballo para que no pudiera marchar.

¿Qué había de hacer ante una resistencia semejante, si no acceder y quedarme?

A partir de este día me propuse obrar con una prudencia extraordinaria y evitar todas las ocasiones en que Rosa tratara de renovar la famosa escena de la cabaña.

Pero la joven, sorprendida por mi extraña frialdad y temerosa sin duda de no parecerme demasiado bella, empleó todos los recursos imaginables para conseguir agradarme.

Aun cuando todavía estaba de luto, su ingenio la sugería componer su tocado de manera que realzase doblemente sus encantos.

Y al ver la inutilidad de sus esfuerzos, al ver aquella máscara de frialdad tras de la cual pretendía defenderme, redoblaba sus esfuerzos y en los solitarios paseos y en los encuentros inesperados, y

quizás hábilmente preparados por ella, buscaba la ocasión de excitar mi cariño.

De este modo ibanse pasando los días y aproxi- mándose el en que yo debía marcharme.

Una noche, no sé por qué casualidad me encon- tré sola con su tía en las habitaciones de ésta.

Empezamos á hablar de cosas indiferentes y des- pués se puso dos ó tres veces la mano en la frente como si pretendiera reflexionar.

Por fin empezó por hablarme de mi semejanza con su difunto hijo, para venir á parar en la triste- za que reinaría en el castillo cuando yo le abando- nase.

Finalmente con tanta claridad me indicó su idea para que uniese mi destino al de su sobrina, que ya no tuve otro remedio que, sin descubrirme en ab- soluto, buscar una manera prudente de salir del paso.

En su consecuencia dí á entender que exigencias de familia me obligaban, como el menor que era, á ingresar en la orden de Malta, y como no podía ca- sarme, esto era para mí dolorosísimo, con mayor motivo después de haber conocido á Rosa.

Esta respuesta le pareció á la anciana que no era definitiva, y creyó que yo reflexionaría y consulta- ría con mis parientes.

En el primer momento sospeché si Rosita tendría participación en aquello; pero la reflexión me hizo comprender que todo había sido obra de la anciana, que había observado nuestras relaciones, que las creía más íntimas de lo que eran en realidad y

quería ponerle término por medio de aquella boda.

Rosa no había pensado indudablemente en esto.

Ella lo que quería era mi posesión á todo trance. El medio le importaba poco. Lo que ella quería era apagar aquella sed ardiente de amor que la abra- saba, y nada más.

Y prueba de ello que aquella misma noche hizo una tentativa postrera, cuyos resultados fueron tan graves, que exigen que te la cuente en otra carta, porque esta ya es sumamente larga.

